

gía, á hechos puramente históricos que en nada tocan al dogma, á la sana moral ni á ninguna verdad de la Religión.

Pretendieron no obstante apoyar el apostolado de San Marcial en tradiciones antiguas y en testimonios suministrados por las iglesias mas remotas, como el de un santo monge del monte Sinai, llamado Simeon. En cuanto á las tradiciones, se contentaron con citarlas en general sin especificar ningun tiempo determinado. En cuanto al testimonio del monge Simeon, á quien se atribuía el dicho de que los orientales reconocían unánimemente á San Marcial por apóstol ó por uno de los setenta y dos discípulos, solo puede servir para suministrar una idea del respeto con que miraban en Francia á aquel virtuoso extranjero. Había nacido en Siracusa (Sicilia), era hijo de padres ilustres entre los griegos y por ignorancia procuraron darle una educación por igno- fuerza y vistana (1). Llevóle su padre á Constantinopla á los siete años, donde le entregaron la dirección de los maestros mas sabios. Cuando Simeon salió de la infancia, se dio á la devoción de visitar la Tierra Santa, haciéndose discípulo de un solitario que se había encerrado en una torre á las orillas del Jordán. Aprendiendo despues con la lectura de la vida de los Padres que antes de seguir la vida heremítica era menester ejercitar la obediencia en una comunidad, corrió á Belen, tomó el hábito de monge en el monasterio de Santa María, y al cabo de dos años se trasladó al monasterio del monte Sinai. Retiróse desde allí con el permiso de su abad á una gruta que había á la orilla del mar Rojo. Mas como sus eminentes virtudes atraían una multitud de viajeros que navegaban por aquel mar, buscó la oscuridad y recogimiento entre la comunidad de que había salido únicamente

(1) Bolland. tom. 19, pag. 81.

para hallar mas fácilmente uno y otro en la vida heremítica.

Su superior le obligó no obstante á visitar las Galias, para recoger en Normandía las copiosas limosnas que daba anualmente á los monges del monte Sinai el duque Ricardo II, que era muy compasivo para con los peregrinos de Levante. La causa de haberle elegido para este viage, que emprendió con gran repugnancia, fué el que además de todas las virtudes de que estaba adornado, era un hombre de mucha instrucción, principalmente en las lenguas, pues sabía el siriaco, el árabe, el egipcio, el griego y el latin. Llegó por fin á dicha provincia despues de haber sufrido muchos trabajos, y haber estado espuesto á grandes peligros en el camino, si bien en este tuvo la felicidad de encontrar al venerable Ricardo de San Vannes acompañado de setecientos peregrinos cuyos gastos pagaba el duque de Normandía. Pero no fué mas dichoso en el término que en el discurso de su viage, pues acababa de morir el duque (1026), y no pudo recoger Simeon las limosnas destinadas á su monasterio. No obstante, le acogió muy favorablemente un caballero llamado Gosse- lin, que levantó por consejo suyo una casa religiosa cerca de la ciudad, en un monte que con este motivo se llamó de Santa Catalina, porque dejó en él Simeon unas reliquias de esta ilustre mártir que había llevado del monte Sinai donde estaba su cuerpo. Es muy probable que entonces tuvo principio la celebridad de esta Santa en Francia.

Entretanto Simeon regresó á Oriente con Poppon, arzobispo de Tréveris, que á ejemplo de otros muchos europeos de los mas ilustres, tuvo la devoción de ir á Jerusalem en clase de peregrino. Mas fué tan grande el afecto de este prelado para con su santo compañero de viaje, que no pudo resolverse á separarse de él, y logró traerle consigo. Juzgando que haría un bene-

ficio muy grande á su diócesis si lograba establecer en ella un hombre tan santo, cualquiera que fuese su género de vida, le ofreció á su regreso el lugar que mas le agradase para seguir el espíritu de su vocación y dedicarse á la vida solitaria que tanto atractivo tenia para él. Simeon eligió una especie de aposentillo dentro de una torre vecina á una de las puertas de la ciudad, y el arzobispo le consagró allí recluso en presencia de su clero (1028). En los siete años que vivió todavía logró tanta veneración por su vida todo angelical, y obró tales prodigios despues de su muerte, que Poppon escribió á Roma para que le colocasen solemnemente en el número de los Santos. La súplica estaba concebida en estos términos: «acaba de morir aquí un hombre que por su vida santísima y sus milagros, creemos que existe ya entre los bienaventurados: por esta razón nuestro clero y pueblo nos han pedido encarecidamente que os remitamos la relación exacta de sus obras y milagros, con el objeto de que si lo teneis á bien, nos deis vuestro decreto apostólico permitiendo escribir su nombre entre los de los Santos, y que le tribute- mos los demas honores debidos á la santidad (1035).»

El Papa Juan XIX había muerto en el mes de mayo del año 1033, y en el propio año fué elevado á la Santa Sede con el nombre de Benedicto IX por las intrigas y liberalidades de Alberico, conde de Tusculi, un muchacho de doce años, hijo de este conde y sobrino de los Papas Benedicto VIII y Juan XIX. Sin embargo, los PP. Lábbe y Cossart dan á Benedicto unos diez y ocho años, y se fundan en que San Pedro Damiano vitupera en este Pontífice su inmoralidad desde que fué elevado á la Santa Sede. El mismo Santo hace notar que los Papas tales como Benedicto IX siempre han sido impuestos á la Iglesia, la cual úni-

camente los ha recibido por evitar el cisma, desórden todavía mas deplorable en sus resultados que las malas costumbres de un Pontífice. Por lo demás, es de observar, como un especial beneficio de la Providencia, que en tiempo de los Papas viciosos ó ineptos no se han visto turbulencias ni heregias, y que la Iglesia ha gozado de una tranquilidad que no tuvo en tiempo de los Pontífices mas sábios: tan cierto es que si el Señor permite á pilotos indignos colocarse en el gobernalle, él mismo se encarga entonces de dirigirle. Benedicto IX, tan despreciable por su ligereza y sus costumbres como por el modo con que ocupó el Pontificado, no se dió mucha prisa á tomar en consideración objetos tan distantes de sus ideas cual lo eran las virtudes y canonización de un Santo (1). Hasta el mes de noviembre del año 1042 no se verificó, pues, solemnemente la de San Simeon, despues de haber enviado el Papa con su decreto un legado al país donde había fallecido. Este es el segundo ejemplar indudable de canonizaciones pedidas á la Santa Sede; porque en los tiempos anteriores, cada obispo, despues de examinar las virtudes y los milagros de las personas que en sus respectivas diócesis morían en olor de santidad, permitía tributarles un culto religioso. Pero como muchas veces se anticipaban los pueblos al juicio y declaración de los obispos, se temió que esta ligereza pudiese degenerar en superstición; y á fines del siglo décimo se reservó la Silla apostólica el derecho de decidir sobre un objeto tan importante. Luego que canonizaron á San Simeon, fundó el arzobispo de Tréveris en el lugar de su retiro y de su sepultura una iglesia colegiata.

Benedicto IX se había visto antes muy espuesto con motivo de su conducta escandalosa, rayando en tal extremo el desprecio y

(1) Glab. lib. 4, cap. 5, et lib. 5 cap. 5.

la indignación pública, que en el año 1038, y á pesar del crédito y autoridad de sus criminales parientes, le arrojaron de su Silla los romanos. Restituyóle á ella en aquel mismo año el emperador Conrado que habia pasado á Italia para disipar las turbulencias que la desolaban por todas partes. Habiéndose internado hasta Monte-Casino, no pudo contener las lágrimas al oír la relación que los monges le hicieron de los males que por espacio de doce años les estaba causando Pandulfo, príncipe de Cápua, que tenia preso á su abad Teobaldo, habiéndose apoderado de todas sus haciendas cuya administración habia puesto en manos de sus criados, y reducido á tal miseria aquel monasterio opulento, que en el día de la Asunción careció de vino para las misas. No perdonó ningún medio el religioso emperador para que en lo futuro no volviese á experimentar semejantes vejaciones una comunidad tan respetable, en que se contaban doce Santos desde el principio de aquel siglo. Después de esto tomó de nuevo Conrado el camino de Alemania, y murió de repente en Utrecht el día 4 de junio de 1059, después de haber reinado cerca de quince años como rey de Germania, y algo más de doce con el título de emperador que recibió con la corona imperial del Papa Juan XIX, el día de Pascua 26 de marzo del año 1027. Las leyes y decretos que dió á luz en el imperio, han hecho se le mire como autor del derecho escrito acerca de la feudalidad. También este príncipe dió ocasión al establecimiento del reino de Nápoles, permitiendo á los normandos que se estableciesen en la Pulla. Le sucedió su hijo Enrique III, llamado el Negro, y coronado rey un año antes de la muerte de su padre.

Muerto el emperador Conrado, se hizo más odioso que nunca el Papa Benedicto con sus excesos y violencias, y le arrojaron

segunda vez de Roma á principios del año 1044. Pusieron en su lugar á Juan, obispo de Sabina, que tomó el nombre de Silvestre III, y solo ocupó la Silla como unos tres meses, después de los cuales logró Benedicto ser restablecido en ella con el auxilio de sus parientes. Pero continuando sus escándalos, y viéndose despreciado del clero y del pueblo, se resolvió á dejar una dignidad, cuyo carácter y respeto no le permitían entregarse á sus vicios con toda la libertad que deseaba. Para facilitar esta cesión, le dieron una suma de dinero, y colocaron en su lugar al arcipreste Juan Gracian ó Graciano, con el nombre de Gregorio VI. Algun tiempo después le desposeyó el inconstante Benedicto, apoyado siempre por su familia como lo habia hecho con Silvestre, y volvió á subir otra vez á la Silla apostólica. De este modo contaba Roma tres Pontífices á un mismo tiempo, cuando Enrique el Negro fué á remediar tantos desórdenes el año 1046.

Cerca de Navidad hizo celebrar un Concilio en Sutri, ciudad inmediata á Roma, en el cual fueron depuestos los tres como simoniacos, según dicen muchos autores. Otros pretenden con más razón que cedió Gregorio voluntariamente por el bien de la paz, porque sin simonía se habia podido libertar á la Iglesia, á fuerza de dinero, de una plaga tan terrible, como lo era en efecto la facción de Benedicto; y á la verdad, sería mucho atrevimiento denigrar de un modo tan infame á un hombre de quien Glabert, autor contemporáneo, dice que era muy piadoso, de una santidad conocida y de una reputación que reparó todo el escándalo causado por su predecesor. Lo que no tiene duda es que Gregorio se despojó de las insignias pontificias, y renunció la dignidad pontificia que habia poseído como unos veinte meses. Declarada así vacante la Santa Sede, se eligió por unánime consen-

timiento de los romanos y de los alemanes que acompañaban al rey Enrique, al sajón Suidgero, obispo de Bamberg. El nuevo Papa tomó el nombre de Clemente II, fué consagrado el día de Navidad, y en el mismo día dió la corona imperial al rey Enrique y á la reina Inés. Clemente, que aunque extranjero, habia sido elegido como más digno del pontificado que todos los romanos, trató desde luego de acreditar con las obras la buena opinión en que le tenían, y especialmente con su celo contra la simonía, que era el abuso más escandaloso de aquellos tiempos. Pero no ocupó la Santa Sede más que nueve meses y medio, pues murió á 9 de octubre de 1047, no en Alemania, como creyeron algunos historiadores fundados en el viaje que hizo á aquel país en el corto espacio de su pontificado, sino según el exacto Muratori, en la abadía de Santo Tomás de Aposelo en Italia, cerca de Pésaro. Entonces volvió Benedicto IX á ingerirse en el pontificado, y se mantuvo en él hasta que habiéndose arrepentido repentinamente en el mes de julio del año siguiente, llamó al abad de la Gruta de la Herradura cerca de Túseuli, y movido de los consejos de este Santo, llamado Bartolomé y dotado de un talento eminente para la conversión de los pecadores, comprendió que solo debia tratar ya de hacer penitencia, y entonces renunció para siempre su dignidad.

A principios de este año 1048 murió San Poppon, abad de Stavelo en la diócesis de Lieja. (1). Era natural de Flandes, y abrazó en su juventud la profesión de las armas; pero favorecido oportunamente con las bendiciones del cielo, manifestó siempre un desprendimiento admirable de todas las cosas terrenas. Estimándole mucho por sus bellas cualidades Balduino el Barbudo, con-

(1) Bolland. tom. 2, pag. 638; Act. Bened. saec. VI, pag. 369.

de de Flandes, y hallándose bien quisto de todos los grandes, uno de los principales de estos le ofreció su hija en matrimonio. No quiso admitir Poppon una oferta tan lisonjera, haciendo este sacrificio por ir á abrazar la vida monástica en la abadía de San Tierri cerca de Reims. Habiéndole visto en ella el beato Ricardo de San Vannes, quedó tan prendado de él, que se le llevó á Verdun con el consentimiento de su abad. Llamó Poppon á esta ciudad á su madre Adelueva, que hallándose viuda mucho tiempo habia, se hizo reclusa y llegó á tal grado de santidad, que es venerada con culto público. Habiendo entregado el conde de Flandes al abad de San Vannes el monasterio de San Vast de Arras, fué elegido Poppon superior de esta casa en el reinado de San Enrique. Habló al emperador á favor de los intereses de su monasterio, y le inspiró los mismos sentimientos que á todas las personas con quienes trataba. Consiguió de él que aboliese la costumbre bárbara de ofrecer en espectáculo á ciertos malhechores, presentándolos desnudos y untados de miel para que fuesen pasto de los osos que estaban preparados para devorarlos. Algun tiempo después le dió este emperador la abadía de Stavelo (1040), y en seguida la de San Maximino de Tréveris, cuyos monges, llevando á mal que tratase de obligarlos á observar una regularidad exacta, le dieron v neno; bien que este atentado no produjo el efecto que ellos deseaban. Quiso el emperador Conrado darle el obispado de Strasburgo, y para impedirlo Poppon llegó al extremo de atribuirse algunos defectos que le escluían de la dignidad episcopal según los cánones. Reprendiéndole después el emperador porque se habia valido de aquel artificio le respondió: «¡ah príncipe! ¡ojalá pudiera yo daros también á entender cuán indigno soy de ejercer el cargo de abad!» Estimándole Conrado más y

mas con este motivo, tomó la resolución de sujetar á su obediencia todas las abadías que vacasen en sus Estados, por cuyo medio restableció Poppon la regularidad en catorce monasterios.

Por el mismo tiempo acreditaba admirablemente San Gonthier el honor de la vida eremítica (1). Habiendo nacido en Turingia de una familia de las mas ilustres emparentada con San Esteban, rey de Hungría, y disfrutando los bienes y dignidades convenientes á su nacimiento, no supo al principio preservarse de tantos escollos. Pero arrepintiéndose luego de los pecados de su juventud, dió sus ricas posesiones al monasterio de Hersfeld con anuencia de sus herederos, y se puso bajo la direccion de San Godehardo, que era entonces abad de esta casa y fué despues obispo de Hildesheim. Profesó en el monasterio de Althaus sujeto al mismo superior, y con su permiso se retiró al cabo de algun tiempo á un desierto de las selvas de Bohemia (1008). Habiéndose llevado consigo algunos monges de los que vivian en su compañía, edificaron muchas ermitas ó celdas que formaban una especie de monasterio. En el principio de su conversion se le resistia sobremanera la práctica de la pobreza y del trabajo; pero en su último retiro, en el cual permaneció treinta y siete años, así él como sus compañeros tenian las mayores delicias en las mortificaciones y las austeridades, usando del alimento mas insípido, sin tener mas bebida que agua, y aun tomando uno y otro con medida. Aunque su pariente el santo rey de Hungría consiguió de él, no sin gran dificultad, que fuese á hacerle una visita, y le puso á comer en su mesa, no pudo lograr que consintiese en probar la carne.

(1) *Boiland. t. 3, p. 638; Act. Bened. saec. VI. pág. 475.*

Vivió Gonthier siete años despues de la muerte de este santo rey, el cual murió el día de la Asuncion del año 1038 (1). Esta muerte sumergió á la Hungría en una desolacion tanto mas grande, quanto su hijo Emerico, el único que quedaba entre una porcion de hermanos que murieron de muy corta edad, habia fallecido algun tiempo antes que su padre. Está colocado, como este, en el número de los Santos (1): alma pura y guiada estraordinariamente por el espíritu de Dios para los fines altísimos de su adorable providencia. Siguiendo el rey Esteban las reglas ordinarias de la prudencia, quiso casarle para asegurar la sucesion de la corona y la felicidad de los pueblos. Emerico, que habia prometido secretamente á Dios conservar la virginidad, lo resistió al principio, y cedió luego á las instancias de su padre: pero persuadió á su esposa que viviesen los dos en perfecta continencia, como lo aseguró ella misma despues de la muerte del príncipe (1051), ocurrida á poco tiempo de haber celebrado su matrimonio.

Despues de la del rey, fué elevado al trono Pedro, hijo de su hermana. Pero como era alemán, y parecia que dispensaba su principal favor á los de esta nacion, eligieron los húngaros á Aba, cuñado del rey Esteban, y se vió obligado Pedro á huir á Alemania cerca del emperador Enrique el Negro. Fué Aba pródigo de sangre, sacrificó durante la Cuaresma á los mas considerables individuos del Consejo, y pasó despues á Chonad á celebrar la Pascua. Tenia entonces aquella ciudad un obispo digno de los siglos mas felices de la Iglesia. Gerardo, veneciano, que desde la infancia habia seguido en la vida monástica, gozaba de una reputacion tan bien acreditada de virtud y de

(1) *Sur. ad 20 Aug.*

(2) *Id. 4 Nov.*

doctrina, que pasando por Hungría para ir en peregrinacion á Jerusalem fué detenido por el rey San Esteban, el cual no contento con esto le puso guardas de vista á fin que no se le escapase. Se retiró Gerardo al monasterio de Beel, edificado por el rey á instancias de San Gonthier; pero le sacaron de allí para colocarle en la Silla de Chonad, cuando Esteban, usando de las facultades que le habia conferido el Papa Silvestre II, estableció obispados en las principales ciudades de su reino. Unió la vida solitaria con el episcopado, y mostró tanta aversion al siglo, que no queria alojarse en las ciudades adonde iba á predicar, sino que hacia que levantasen una cabaña al estremo de un bosque ó en algun otro paraje retirado para pasar en ella la noche como un solitario, despues de haber ejercido durante el día las funciones de apóstol.

Un prelado tan desprendido de los bienes de la tierra, era muy superior á las esperanzas y á los temores humanos. Habia entonces la costumbre de que los reyes llevasen la corona á todas las fiestas principales, y de que se la pusiese el obispo local. Convidaron á Gerardo los grandes y los prelados á que fuese á hacer esta ceremonia; pero Gerardo se opuso á ello con un teson invencible. Suplieron por él los demas obispos, y el rey se encaminó inmediatamente á la iglesia con la corona en la cabeza, acompañado de una multitud de grandes, de eclesiásticos y de gente del pueblo. Subió el santo obispo al púlpito sin que le intimidase el aparato, hizo que le acompañase un intérprete, porque no sabia él la lengua húngara, y desde allí habló al rey en estos términos: «La Cuaresma fué instituida para proporcionar el perdón á los pecadores contritos, y vos la habeis profanado con la efusion de sangre de mis ovejas y con la muerte de mis hijos mas queridos. Si: habeis reducido para mí el dulce nombre de

B. del C., tomo XVIII.—Y.—HISTORIA ECCLESIASTICA.—Tomo III.

padre á un título sin objeto. Oid, pues, de boca de un hombre que está pronto á morir por Jesucristo: oid, en vez de las palabras de paz de que os habeis hecho indigno, lo que dispone de vuestra suerte el Todopoderoso. En el año tercero de vuestro reinado se levantará contra vos la espada vengadora, y perdereis juntamente con la vida la corona que es el fruto de vuestros crímenes.» Los cortesanos que entendian la lengua latina, en la cual se esplicaba el obispo, hacian señas al intérprete para que disimulase; pero viendo el intrépido pastor que estaba sobrecogido y temblando: «teme á solo Dios, le dijo, y no omitas ninguna palabra de las que pronuncia su ministro.» Obedeció puntualmente el intérprete, y acreditó el suceso que el obispo tenia espíritu profético. Predijo tambien su propia muerte (1047), la cual se verificó despues de la de Aba, honrándola la Iglesia como la de un mártir (1).

Entretanto Enrique el Negro restableció en el trono de Hungría al rey Pedro, el cual se apoderó de Aba y mandó que le cortasen la cabeza. Pero descontentos los húngaros con este príncipe, llamaron á algunos grandes que andaban fugitivos, de cuyo número era Andrés, pariente de San Esteban, y estendiendo desde luego el odio del nombre alemán al nombre cristiano en general, pasaron á cuchillo á todos los latinos que pudieron sorprender, echaron del país á todos los demas fieles así clérigos como legos, é incendiaron una infinidad de iglesias. Cogieron á San Gerardo en Pest, le derribaron brutalmente con el carro en que iba, y le mataron á golpes, diciendo el Santo en alta voz: «Señor, no les imputeis este pecado, porque no saben lo que se hacen.» Al rey Pedro le sacaron los ojos, y murió de tristeza al cabo de pocos dias, des-

(1) *Act. Bened. saec. VI. pág. 475.*